

EXPERIENCIA Y CULTURA

Por: *Humberto Quiceno
Castrillón*

Doctor en Filosofía. Director del Doctorado en Educación de la Universidad del Valle y profesor del Instituto de Educación y Pedagogía de la misma.



Cada uno de nosotros vive la experiencia, se puede decir que somos parte de ella. Si viviéramos en la experiencia continua y de modo permanente no podríamos hablar de ella, pues no conocemos mucho, y pocas cosas hacen parte de nuestra experiencia. Es cierto que somos de acuerdo a la experiencia, nuestro obrar se perfecciona por esta, y si queremos ser mejores,

“Experiencia: enseñanza que se adquiere con el uso, la práctica o el vivir” (*Diccionario de la Real Academia de la lengua*).

debemos recurrir a ella, aunque esto no nos dice nada. También es cierto que la experiencia es la enseñanza que se adquiere con el uso, la práctica y el vivir, es una educación, una cultura y un pensamiento. Definida de esta manera se confunde con un hábito, un modo de ser.

Se debe precisar que existen dos clases de experiencias: la que

obtenemos de la ciencia y la de las cosas. *La experiencia de la ciencia* es la que conocemos como aquella que produce conocimientos, es de tipo intelectual, conceptual, analítica como leer un texto, comprender una proposición, interpretar un sentido, aclarar una verdad, entender una demostración. Esta no solo le ocurre a los sujetos científicos o con actividades intelectuales, los individuos comunes y corrientes pueden tener experiencias de esta clase, aunque hay que diferenciar sus niveles en función de la profundidad o el tipo, de pruebas a las que se puede enfrentar un sujeto. No es lo mismo el grado de dificultad o el tipo de problemas que se plantea un científico a los de un sujeto ubicado en un contexto artístico o práctico. Si bien existe la experiencia científica o teórica esta presenta niveles, jerarquías, pruebas y grados específicos que repercutirán en distintos niveles.

La experiencia que obtenemos de las cosas es práctica, se conoce como *experiencia de la vida*, puesto que se localiza en los objetos situados fuera de

nosotros, objetos exteriores, de la cultura. También hay que diferenciar los grados en la experiencia que se miden por la extensión, la cantidad, la amplitud y la intensidad con que vivimos la experiencia de las cosas. En la experiencia científica, la mejor es aquella que profundiza y se plantea los problemas según un conocimiento anterior; en cambio en la de las cosas, la mayor se produce en la inmediatez y en la intensidad que se tenga con los objetos.

Un hombre o una mujer tendrán mayor experiencia teórica si su vida es rica en una vida teórica, si previamente han acumulado saberes que enriquecen los conocimientos y las teorías que se proponen como una experiencia nueva. La experiencia práctica crece también con la acumulación de esta misma, pero es de orden repetitivo, de frecuencia, de intensidad y la anterior es de orden cualitativo, de selección, de jerarquía. En ésta no todos pueden tenerlas y en aquella casi todos pueden acceder a esas experiencias ya que pertenecen



"El Cerezo Volador"
Foto: Archivo Facultad de Teatro

a la vida, viajar, acumular, cosas, acontecimientos, relaciones. Esta experiencia es de tipo temporal, su mayor logro se produce en el

transcurso del tiempo. La experiencia teórica no es temporal ya que acumular libros, viajar mucho, tener muchos objetos no produce ciencia o saberes. Al contrario, el científico es un ser inmóvil, dedicado, obsesivo con una idea,

es rutinario, repetitivo. La imagen más famosa es la de Kant pues sus hábitos intelectuales pasaron a ser el reloj de su ciudad. El hombre práctico no es obsesivo, fijo ni estático, por el contrario es móvil, continuo, cambiante, nunca está en un mismo lugar, no tiene la misma idea, existe en un constante devenir, en una permanente búsqueda de cosas que enriquecen su experiencia. Mientras más viva, más cosas pasen por su cuerpo y su cabeza, más experiencias tendrá como si en cada cosa fijara una y fuera un mundo para conquistar y apropiarse de él.

Hasta aquí las cosas van muy bien. Pero se nos hace necesario complicar un poco más estas ideas de las dos experiencias. Todo pareciera indicar que el científico solo obtiene una experiencia pasiva, monótona, aburridora, estéril, de mucha elaboración

teórica pero alejada de la realidad. Los conocimientos aunque sean profundos y las elaboraciones complejas, a nivel de las demostraciones de la verdad, poco o nada tienen que ver con el mundo real, el latir de las cosas, la intensidad de la vida, y la verdadera experiencia, la importante, está al lado de la relación con mundo, en el contacto estrecho con la realidad, la gente, los viajes, las aventuras, y lo empírico.

En estos términos fueron las críticas que se le hicieron a los filósofos, científicos, hombres de letras del siglo XVI y XVII que representaban la imagen de la experiencia intelectual. Los hombres del siglo XVIII descubrieron la importancia de las cosas, de la realidad, del mundo vivo, natural, del contacto con los seres sin que mediara entre ellos ningún obstáculo y artefacto. Ellos le dijeron al mundo que la única experiencia verdadera era la natural, la de las cosas. También fueron los que construyeron la imagen del viaje como sinónimo de la verdadera experiencia, porque el viaje significa en todos los sentidos transformación,

modificación, cambio, aventuras, aprendizajes continuos, intensidad de la vida.

De este modo se establecieron relaciones dobles: alma y cuerpo, mente y razón, sensación y abstracción, intuición y concepto, representación y cosa, imaginación y realidad, mundo de las ideas y empírico. La experiencia debería incorporar siempre estos dos componentes para que pudiera ser una experiencia completa, si faltara uno de los dos no se daría. Pero una cuestión importante fue considerar que el camino de la experiencia se inicia por los sentidos, el cuerpo, las sensaciones, las intuiciones, las cosas y termina con la elaboración y formación de la mente, las palabras, las abstracciones, las representaciones y los conceptos. Es decir, se modificó la experiencia deductiva y en su lugar se instaló la inductiva. El mundo de las cosas sustituyó el de las ideas pero no lo anuló, lo mantuvo como segunda instancia, el fin a donde debería llegar toda experiencia.

Descubrir el mundo de los objetos fue esencial para la cultura

occidental, porque esto significó investigar sobre las cosas, encontrar sus secretos, indagar su formación, y además cambiar la relaciones con ellos; si antes la mente y la razón no se ocupaban de las cosas, ahora todo pasaba por sus contornos. La vida, las costumbres, los hábitos, los modos de ser, la educación, y la cultura convirtieron al cuerpo, a las cosas, a las sensaciones en el verdadero camino para llegar a la experiencia. Estas transformaciones cambiaron el conocimiento, el saber, la forma de entender los conceptos, la representación y las imágenes que los científicos se hacían de lo que era la ciencia, la investigación, el asimilar una teoría, el producirla, el inventar una demostración, el establecer una crítica. Lo intelectual, el saber, la ciencia, la teoría se contagió de los objetos, de la experiencia natural, de los métodos extraídos de la naturaleza y del conocimiento producido en el contacto con la realidad. La ciencia como una entelequia, como algo alejado de la realidad, y pasiones de hombres contemplativos, quedó atrás.

Una vez se asentó esta nueva cultura que cambiaba

sustancialmente la herencia de los hombres del Renacimiento y del período Barroco, el siglo XIX enfiló sus críticas a la supremacía que habían adquirido las cosas, el mundo empírico y la intuición e intentó construir una nueva forma de entender la experiencia, alejada de la presencia avasalladora de las cosas de la práctica y sobre todo de ver el mundo como una pareja de relaciones formada entre mente y razón, espíritu y materia, alma y cuerpo. Era necesario entender la ciencia no solo como una abstracción sino que también había que criticar los objetos por estar prisioneros de los diseños de las cosas, que a su vez se dejan engañar por los sentidos. Ellos nos engañan, pues no existen cosas naturales, el conocimiento no se produce al contacto con los objetos reales, fueron parte de las críticas radicales que los hombres de saber del siglo XIX le hicieron a los prácticos del siglo XVIII.

De todo esto surgió una nueva idea de experiencia que intentaba combinar las críticas que les hacían los hombres prácticos a los contemplativos y las que estos hicieron a los primeros. Ni mucha teoría alejada de la realidad pero

tampoco tanta realidad sin teoría.

Se consideró muy importante la intuición, la percepción del mundo, el conocer como una forma de comprender lo real pero a su vez fue severamente criticada porque creía en la representación, que los objetos reales eran los mismos de la mente, que eran lo mismo las cosas teóricas o conceptuales. Se podía pasar del mundo real al mundo ideal, que muchas experiencias con objetos podían configurar las experiencias culturales, educativas, racionales, civilizadas.

Viajar, vivir, percibir, asimilar, ver; todas son experiencias de los sentidos, reales, objetivas y mundanas que no necesariamente forman mejor a un individuo y tampoco hacen un mundo mejor. La experiencia no es únicamente tener sensaciones, ser activo, ir a toda velocidad por el mundo, verlo todo, leerlo, gozarlo. Ya se dijo que la experiencia no se produce con el uso, la práctica o el vivir, sino que se adquiere, y se conquista solo cuando transformamos la realidad las ideas y los objetos. En este

sentido Marx tenía razón, el mundo no hay que comprenderlo sino transformarlo.

La experiencia es el nombre que le damos a los cambios que efectuamos en las ideas, en las representaciones, en los prejuicios, también es la transformación que le hacemos a las cosas, y los objetos. Ella es un saber, un conocer, y una actitud que consiste en cambiar el medio, tanto el medio social como el cultural o cambiar todo aquello que sea nuestro entorno. Solo cuando un hombre o una mujer cambian algo en sus vidas, en sus espacios, tiempos y relaciones, se puede decir que tienen experiencias.

La experiencia es, pues, un viaje de ida y vuelta, desde las cosas, las ideas hasta nosotros para luego volver a ellas y transformarlas. De esta forma se logró explicar de una manera más sensata y clara ciertos viajes importantes que terminaron en grandes descubrimientos como los de Dante, Colón, el Quijote, Goethe, Rousseau, Rilke, Bolívar, entre otros grandes viajeros. Esta idea del viaje sirvió además para definir propiamente lo que es el

conocimiento, la educación y la formación. Estas tres experiencias vitales del ser humano son viajes que hacemos hacia el saber, la civilización, y hacia nosotros mismos. El viaje como un salir afuera, un irse de algo para luego retornar, como una experiencia de fuga, de abandono, como la expresión más nítida de saber que las cosas vitales y esenciales de la vida se producen porque vemos las cosas y las ideas desde lejos y desde cerca, de otro modo, con otras sensaciones, sentimientos y experiencias, como si fuera otra persona la que hicieron este retorno.

El viaje nos aclara que experiencia es: ir y volver para cambiar las cosas y las ideas. En el saber o el conocer esta la idea de ver, percibir, leer, comprender, para luego abandonarlo todo, alejarse de esas primeras sensaciones y retornar a ellas, cambiados, para poder transformar las cosas y las ideas. Nuestra formación, nuestra educación, es un viaje que hacemos desde la infancia en contacto con las cosas, las ideas, con el mundo. Educación viene de latín, *educare* que significa salir fuera lo mismo que *exper-ientia* que

significa salir hacia fuera y pasar al través. Vemos el mundo de una forma distinta en la niñez, en la adolescencia y en la vida adulta. Al pasar el tiempo, al extenderse el espacio cambiamos, nos transformamos, y también las cosas, las ideas, y construimos un mundo cada más cerca de nosotros. El mundo estaría alejado de nosotros si lo contemplamos, el mundo seguirá alejado si lo tenemos cerca. Para que el mundo cambie hay que verlo de lejos y de cerca al mismo tiempo. Verlo en la vida adulta como niños, mantener el adolescente en nosotros, sentir la maduración en los cambios

El viaje es, pues, la forma que mejor expresa la experiencia en este nuevo sentido que indicamos, como cambio de las cosas y de las ideas, como transformación, modificación, aventura. En el fondo es esta idea la que encontramos en toda aventura del conocimiento, sea en forma de la ciencia o de la vida. Un científico no es un hombre o mujer que solo contempla el mundo, es un viajero, un aventurero que con materiales conceptuales emprende la infinita tarea de cambiar ideas, visiones,

formas de entender. Emprende la tarea ingrata de búsquedas nuevas de la realidad, del mundo, de la percepción de las cosas. Si el científico o el hombre de letras persigue modificaciones en todos los órdenes diremos que es un ser de experiencias. Porque debe tenerse claro que la no-modificación de la realidad, no produce experiencias. Al acto de vivir, al hecho de ver, a la sensación de leer, a la función de trabajar no se le puede dar el nombre de experiencias en la vida. Se equivoca el empresario, el gerente, el patrón que privilegia siempre a las personas con experiencia. ¿Se puede llamar experiencia o tenerla al haber realizado diferentes oficios u ocupado distintos puestos en una misma actividad o haber sido profesional y empezar a trabajar? Esta concepción es la respuesta de los hombres prácticos del siglo XVIII contra los contemplativos, pero no es una idea novedosa de experiencia.

Esta experiencia sólo surge de haber sido productivo, haber cambiado algo en la vida, haber hecho transformaciones significativas en la realidad; en este

sentido hay que entender la obra educativa de Dewey, educador, y pedagogo norteamericano. No hay duda en que la experiencia atraviesa su obra *Democracia y educación* escrita en 1914. Para Dewey lo importante es valorar el lado activo de las cosas, del mundo, de la exterioridad. En ese primer libro habla de la objetividad, de lo exterior, de las cosas y de las situaciones, puesto que vivimos en un mundo, dice, de personas y cosas que son de acuerdo a las experiencias pasadas. Dewey ve la experiencia como pensamiento y conocimiento; en esta doble característica aparece el concepto de experiencia como padecer o sufrir, cuando actuamos, sobre alg, dice Dewey, sufrimos las consecuencias. Esta idea no separa los estados mentales de las cosas sino que los une, aunque va en contra de los filósofos quienes opinan que se puede pensar y aún actuar sin que el mundo reaccione;³ Dewey considera que interactúan las cosas y el pensamiento, y siempre que pensamos, actuamos. El solo existir significa que estamos unidos al mundo y a las cosas, les hacemos algo y nos afectan en reciprocidad. Las cosas, el

individuo o la vida misma siempre están conectadas o comunicadas.

Dewey nos advierte, que el simple actuar, el vivir, el pasar o estar en el mundo no constituye una experiencia. Se requiere la conexión, el retorno de las cosas sobre nosotros. Esto implica que debemos conocer cómo opera ese sentido inverso de las cosas, “cuando una actividad se continúa en el sufrir las consecuencias, cuando el cambio introducido por la acción, se refleja en un cambio producido en nosotros, entonces el mero fluir está cargado de sentido”. Dewey la llama aprender que la experiencia, es un movimiento de ida y vuelta entre las cosas y nosotros. El asimilar o incluso el percibir, el entender o comprender es un aprendizaje parcial porque significa que no ejercemos un sentido activo sobre las cosas.

Los impulsos ciegos sin dirección no son experiencia y nos llevan a un aprendizaje. El aprender ocurre cuando el mundo, por medio de las cosas, objetos, sensaciones o por las situaciones pasadas o presentes nos transmiten algo, nos

cambian, nos hacen que padezcamos sus consecuencias de tal modo que efectivamente este padecer se refleje en el nuevo estado de la situación. Lo que implicaría uno anterior o posterior, una retrospectión o una proyección. Aprender como experiencia es prever lo ocurriera o adaptarse a lo que está ocurriendo.

Para Dewey la experiencia no se da en su inmediatez, no es evidente por sí misma y de esto da muestras claras la *Escuela Tradicional*. La experiencia se tiene que interpretar según dos conceptos fundamentales que son los que aparecen en su libro *Experiencia y Educación* (1938): continuidad e interacción hacen parte de una teoría sobre la experiencia necesaria para poder dirigir un nuevo proyecto de educación, la cual hace parte del método educativo. Sin éste la educación no puede incorporar la experiencia a su quehacer. Dewey defiende esta idea como una modificación de la vida de quien la padece. En ese sentido equipara la experiencia al hábito. “La característica del hábito es que toda experiencia emprendida y vivida modifica al que actúa y la

vive, afectando esta modificación, lo deseemos o no, a la calidad de las experiencias siguientes”. Para Dewey la verdadera experiencia cambia a la persona; articulada al hábito, le da un nuevo significado; no entender el hábito como un modo fijo de hacer cosas sino como una modificación de las actitudes y sensibilidades. El principio de continuidad significa que “toda experiencia recoge algo de lo que ha pasado antes y modifica en algún modo la cualidad de la que viene después”.

70

Una experiencia abre nuevas posibilidades; es como un nuevo umbral que aparece. Cada experiencia es una fuerza en movimiento (impulso) que solo se puede medir por la dirección del mismo. En un contexto educativo es importante ver en qué dirección marcha la experiencia, lo cual presupone que las personas viven un presente distinto de experiencia. El que tenga una mayor, organiza mejor las experiencias del otro. Otro aspecto esencial del principio de continuidad es que la experiencia no solamente entra en una persona sino que también influye en la formación de su deseo. Es, pues, activa y cambia las

condiciones bajo las cuales se ha tenido la experiencia. Este penetrar tiene todas las características de una variación radical en el comportamiento.

El principio de la interacción opera de forma equilibrada entre lo interno y lo externo del individuo y forman lo que Dewey llama una situación. Desde Kant, Dewey sabe de la importancia del saber acumulado por la ciencia y los expertos, también las condiciones espaciales y temporales de los conceptos, que son condiciones objetivas y externas al individuo, agregados a los factores internos: necesidades, propósitos y capacidades, que al unirse con las objetivas forman situaciones de interacción entre el individuo y el mundo, “una experiencia es siempre lo que es porque tiene lugar una transacción entre un individuo y lo que, en el momento, constituye su ambiente” (personas, juguetes, objetos, sensaciones, etc). El ambiente, dice Dewey, es cualquier condición que interactúa con las necesidades, propósitos y capacidades para crear la experiencia que se tiene.

Dewey no se olvida de vincularla con la experimentación. Esta idea la retoma de las ciencias y particularmente de los movimientos del siglo XVII. Los métodos de las ciencias, en su opinión, no son más que la experimentación realizada bajo las condiciones de un control deliberado de las condiciones de la experiencia: partir de un dato, indagar, inquirir, ver sus efectos, plantear hipótesis y comprobarlas. Esta fue la conquista de las condiciones de la exterioridad o de la naturaleza (que tanto ha valorado), pero sobre todo fue la posibilidad, por paradójica que sea, de poder transformar la vida de los sujetos que participan del conocimiento. Dewey consideró que con el método experimental se creó una nueva filosofía de la experiencia y del conocimiento en donde es mucho más importante lo primero por todo lo que el conocimiento tiene de receptivo y pasivo. Se creó “una filosofía que coloca ya la experiencia en oposición al conocimiento y a la explicación racional. La experiencia no es la suma de lo que se ha hecho de un modo más o menos casual en el pasado: es un control deliberado de lo que es

hecho con referencia, a hacer que lo que nos ocurre y lo que hacemos a las cosas sea lo más fecundo posible en sugerencias (en significados sugeridos) y un medio para comprobar la validez de las sugerencias”.

La interpretación de la experimentación, destacando los efectos del conocimiento sobre nuestra vida, lo que nos ocurre en el momento de hacer, pensar o imaginar y también la forma como podemos afectar las cosas, el mundo, la exterioridad, para transformarlas y transformarnos es un aporte original y sugestivo de Dewey que está muy lejos de entender la experimentación como algo pasivo, mecánico y repetitivo que solo ocurre en las ciencias y con los sujetos de ciencia. Experimentar en nosotros, en nuestras vidas, la experiencia como una forma de vincular las cosas a nuestro entorno de modo activo y productivo fue la propuesta más novedosa de Dewey, respecto a la subjetividad que dirigida de un modo educativo replantea el problema del aprender en tres puntos; aprender a conocerse a sí mismo, al mundo de los hombres y de las cosas; aprender a hacerle

algo a las cosas cuando se desea descubrirlas y aprender a alterar las condiciones de las cosas.

El concepto de situación es una aportación al problema de experiencia que consiste en el cruce del hacer, el mundo y las actividades que el sujeto dispone como capacidades y que se convierten en un aprender. La situación en el mundo son las conexiones que tienen siempre los objetos que existen. Para Dewey no hay objetos aislados entre sí o respecto a los individuos, sino en un contexto ambiental y en una situación subjetiva. El punto de partida de un proceso de experiencia es un acontecimiento, pero este suceso es incompleto, todo objeto necesita que lo completen, que le den los sentidos que le faltan. En este orden falta una relación entre el suceso y un agente. Toda idea es un sentido de las relaciones, uso y causa de una cosa. Los sujetos siempre están interactuando con múltiples objetos, fantásticos, volitivos, reales, etc. De allí por esto la experiencia no solo se da con objetos tangibles, en gran parte de la vida la experiencia es preponderantemente imaginaria.

Agregando que la experiencia es de continuidad, el cuadro es tan complejo que un solo cambio de situación puede representar un verdadero cambio del mundo, en opinión de Dewey.

Dewey se preocupa, pues, de mantener los dos aspectos de la experiencia unidos, el externo y el interno, como condición de integralidad en el saber, el conocer, el querer. Estas relaciones deben estar cohesionadas con sus objetos, situaciones y mundos posibles. Continuar e interactuar se unen porque “la continuidad” y la interacción en su unión activa, recíproca, dan la medida de la significación y el valor de una experiencia” que en su conjunto hacen de cualquier acto momentáneo o acontecimiento, un signo o medida de valor que debe ser explicado en toda su complejidad. Situación que corresponde a lo que Dewey llama, pensar la experiencia, es decir, es la relación entre lo que tratamos de hacer y lo que ocurre como consecuencia. Ninguna experiencia con sentido es posible sin algún elemento de pensamiento. La simple

observación no es conocer, mucho menos pensar; puede ser el principio de un pensamiento sobre la experiencia, si se relaciona este ver con lo que se halla en medio, para ligar la causa y el efecto, la actividad y la consecuencia.

Pensar es, pues, encontrar las conexiones, cambiar la

observación inicial o superarla: “es el esfuerzo intencional para descubrir conexiones específicas entre algo que nosotros hacemos y las consecuencias que resultan de modo que ambas cosas lleguen a ser continuas... el pensar es así equivalente a hacer explícito en nuestra experiencia el elemento inteligente”. Este hacer explícito

puede ser entendido como la construcción de hipótesis pero también como un esperar, “tan pronto como un niño pequeño comienza a esperar, empieza a usar algo que está ocurriendo ahora, como un signo de algo que va a seguir”. Pensar como experiencia o la experiencia del pensar se da en el ámbito de una espera, una especie de atención inquieta, expectante, que es la que caracteriza al pensador.

Nos queda un punto final en cuanto la experiencia. Este aspecto lo había enunciado Dewey, pero lo encontramos en otros filósofos desde mucho antes, incluso en los griegos y podemos decir que es la más novedosa interpretación de la experiencia. La experiencia definitivamente no puede entenderse como una enseñanza que adquirimos, lo que se adquiere sin mediación de una crítica, una distancia y una perspectiva son hábitos de identificación con las cosas del mercado, los objetos del capital, el consumo de las ciudades, las ideologías de la cultura. Rousseau diría que adquirimos vicios, porque nada garantiza que seamos mejores por tener experiencias de cualquier clase. La experiencia como transformación de las ideas y de las cosas requiere de un tema fundamental y para que sea verdadera, que incorpore la transformación del individuo mismo.

Con esta última idea podemos definir la experiencia como la transformación de las ideas, de los conceptos, de las cosas siempre y cuando pasen por la



Tomado del *Nederlands Dans Theater*.

transformación de uno mismo. Tiene como fin y condición que seamos transformados, cuando participemos en el cambio de la realidad y de la sociedad. Nuestra vida es la que hay que transformar. Es muy importante saber, comprender y cambiar las cosas que pasan, pero más importante es dedicarnos a modificar lo que nos pasa, lo que sentimos, pensamos, vivimos y hacemos.

Quién soy, dónde estoy, para dónde voy, son las preguntas sobre la experiencia y colocan como protagonista de toda la historia a la vida misma, a uno mismo. El hombre contemplativo repetía el saber acumulado en la historia y por las ciencias. El saber era repetir, memorizar, asimilar, adquirir las ideas previas, producidas por otras experiencias. Los hombres prácticos consideraron que el saber ya no era eso sino intuir, ver, representar en sí mismo lo que eran las cosas y las ideas. La experiencia era única, personal, interior, original. Posteriormente se entendió que no era bastaba decir lo de uno sino cambiar lo que se dijera de uno y las cosas en las que nos apoyamos para decirlo. Finalmente sabemos

que hay que hablar de sí mismo, no de otros o de las cosas, para saber de uno. Cuando se hable de otros, o de las cosas hay que hacerlo de tal modo que digamos lo que nos pasa cuando lo hacemos.

Desde el siglo XVIII nos han enseñado a gobernar las cosas, a mandar sobre ellas, a dominar la naturaleza, a imponer nuestras ideas a los objetos y hacerlos productivos y de esta forma se construyó la cultura de las sociedades democráticas, que incluye por supuesto una forma de gobierno político, penal, judicial, moral y civil. A fines del siglo XX empieza a aparecer una forma distinta de gobierno de las gentes, de las cosas, de las ideas. El principio fundamental de esta forma de gobierno y de esta racionalidad de vivir es la preocupación por uno mismo, la vida, el cuerpo y la espiritualidad. Todo lleva a que los seres humanos se conozcan, hablen de ellos, relaten sus vidas, intuyan sus sensaciones interiores y exteriores, se pongan sus ideales.

Ahora se trata de gobernarse a sí mismo, de dominar nuestro cuerpo

y espíritu; ser dueños, de nuestro destino. Nosotros nos conocemos y nos gobernamos. Indudablemente esta apreciación de la vida y de la cultura implica una modificación radical de la educación, los hábitos, las enseñanzas. Las bases de esta nueva formación las encontraremos en una educación del cuerpo, los gestos, la actitud, los movimientos, los gustos, que vayan formando una soberanía de sí mismo en la parte erótica, la ética y la verdad, es decir, una educación que sea un modo de conducirse y un estilo para hacerlo. ¿Esto será posible? Entendiendo primero que todo cómo se llega a una verdadera experiencia, es decir, convertir nuestra vida en una experiencia, es decir, en un viaje que sea capaz de modificar nuestros hábitos, nuestras identidades. Salir y retornar a sí mismo y en esa travesía, encontrar no nuestra originalidad o identidad secreta sino nuestras diferencias con las cosas, las ideas, con este mundo, y poder así construir un nuevo futuro que venga de nosotros mismos porque así lo queremos 